

Se reedita 'Viaje sentimental', la crónica de Viktor Shklovski sobre el inicio de la URSS

La Revolución rusa contada por un formalista escéptico

MIQUEL ALBEROLA. Madrid

En los primeros días de 1917, cuando el soldado Viktor Shklovski trabajaba como instructor de la División Acorazada de la Reserva rusa, la revolución era un hecho asumido. Se palpaba. Incluso en los relatos de los tranvías de Piter (nombre popular de San Petersburgo) o en la profusión de folletines sobre Grigori Rasputin. Y sobre todo, en el desabastecimiento de viveres y la descomposición de la moral de la tropa por los desastres militares que sufría en la Primera Guerra Mundial. "Se sabía que estallaría. Se creía que se desencadenaría en cuanto terminara la guerra", escribió Shklovski como arranque de *Viaje sentimental*, el libro en el que agrupó sus recuerdos entre 1917 y 1922, ahora publicado de nuevo en español por Capitán Swing (con traducción de Yulia Dobrovolskaya y José María Muñoz Rovira) tras décadas descatálogo.

En ese momento el soldado Shklovski ya era el principal teórico del formalismo ruso, el movimiento intelectual surgido en la Rusia prerrevolucionaria como reacción al simbolismo imperante y que causó una sugestiva deflagración creativa entre 1910 y 1930. Y Piter, que entonces ya se llamaba Petrogrado, acabaría siendo el principal foco de la Revolución de Febrero, la que forzaría la abdicación del zar Nicolás II y la caída de la monarquía. A finales de febrero, las imágenes se aceleran ante sus ojos: tiroteos con víctimas en la avenida Nevski, un caballo muerto que permanece varios días en la esquina de la ave-

nida Litéini, piquetes con ametralladoras en el cruce de Besséina con Baskóvskaia, patrullas cainitas sobre el puente Vladimíski...

"Todavía me sorprende de que tantos acontecimientos cupieran en un solo día", se asombra al plasmarlo en el papel. El armatoste represivo del Gobierno se tambaleaba, el Estado entraba en diarreya. El regimiento Volinski forzaba el almacén de munición y se echaba a la calle. Los soldados del cuartel de Shklovski esperaban el orden de salir, los oficiales decían: "Haced lo que os dé la gana". Fuera se agolpaba la gente: "Parecía que esperasen un espectáculo". La rebelión se propagaba hacia la Duma Estatal: "La corriente nos arrastraba a todos y la sabiduría consistía en dejarse llevar". Shklovski llegó a la Duma en un Lanchester equipado con cañón.

En medio de aquella atmósfera burbujeante el soldado se convirtió en comisario rojo y apareció Vladimir Lenin. "Llegó cuando la revolución ya era un hecho y se apalancó. Lo que acecía en Piter lo atraía mucho más que un modesto cargo en el frente". Menudo, "con ciertos aires gatunos", rapado, "el típico primero de la clase que soñaba con ser un genio". Arrancó "en calidad de invitado", pero "persuasivo, preciso y pertinaz" como era, estaba llamado a desempeñar "un papel relevante". Lenin propuso enviar comisarios al Ejército. Se lo planteó a Shklovski. Partió como responsable de propaganda hacia el frente austriaco: "Fui a parar a un mundo muy distinto".

El bolchevismo no había surgi-



Viktor Shklovski, en el despacho en su casa en Moscú a inicios de los setenta. / VLADIMIR BOGDANOV (FOTOSOYUZ)

Un balazo que casi le cuesta sus botas

En el frente una bala alcanzó al soldado Shklovski en el abdomen. En la enfermería no le garantizaron sobrevivir. El enfermero que le quitó las botas y la chaqueta le pidió que se las regalara. Muerto no las iba a necesitar. Pero no había llegado su hora. Un telegrama le notificó que su misión había terminado. Recibió la Cruz de San Jorge pero el avance alemán empujaba, mientras "los hombres apuntaban con sus brazos al Ejército en derribo".

El herido, tras una vicisitud de camillas y trenes, regresó a Piter, "a la querida, terrible ciudad de la Revolución rusa". Entonces las tropas "se adherían al bolchevismo igual que un hombre desesperado se escapa de la vida hacia la psicosis".

do y los regimientos todavía se aferraban a *La Marsellesa* y a la desidia residual militar. El Ejército estaba políticamente despedazado y fiaba la autoridad moral al Soviet de Petersburgo: "Claro, que el Soviet estaba tan quieto que seguirlo era como ir a ningún sitio". Los regimientos sufrían abandono total. En el "inexorable proceso de degradación" algunos batallones se cosían calaveras y tibias cruzadas en la casaca. Los regimientos se negaban a cavar zanjas, "otras divisiones rechazaban hacer esto o aquello porque deseaba hacer lo de más allá o viceversa". En algunos lugares del frente los soldados de uno y otro bando se juntaban y confraternizaban: "Hasta se llegó a organizar un burdel libre y neutral".

Con la misma actitud descreída, Shklovski, el joven que antes de la guerra deslumbró con su visión del futurismo en la poesía rusa, sigue su relato en Persia, adonde fue enviado como comisario del Ejército ruso de ocupación. De nuevo el caos, "tribus que se odiaban a muerte", pogromos y un ejército que "se pudría sin remedio". Shklovski regresó a Petersburgo en enero de 1918. Era "la época del poder local y el te-

rror local". Empezó la jauría. Lo buscaban: "Quedarse en Piter significaba la muerte segura". Su hermano Nikolái fue fusilado. Se fue a Moscú con documentación falsa. A Sarátov. A Atkarsk. Lenin sufrió un atentado. Se estrechaba el cerco. Volvió a Moscú, le robaron el dinero y los documentos mientras compraba tinte para el cabello. Tuvo que raparse tras teñirse porque se le quedó el cabello de color lila. Pudo reír antes de huir a Ucrania, por donde pasaron una veintena de gobiernos.

Shklovski pudo volver a Rusia ayudado por Maksim Gorki, fundador del movimiento literario del realismo socialista. En 1921 abandonó la Unión Soviética y huyó a Finlandia, donde terminó de escribir *Viaje sentimental*, la crónica del periplo revolucionario de un intelectual confundido. El libro se publicó en Berlín en 1923. El estado de ánimo luminoso ahora abrasaba. Pero volvió a Piter, que ahora se llamaba Leningrado, y se apretó el cinturón mientras duró la era Stalin. Vivió en Moscú, donde murió en 1984, pero no está enterrado en la Necrópolis de la Muralla del Kremlin, como John Reed, el autor de *Diez días que conmovieron el mundo*.